

Sabor a nada. La lucidez del vacío en Pessoa y Levrero

José Fraguas

Universidad Nacional de General Sarmiento

Puedo imaginarme todo porque no soy nada. Si fuera algo, no podría imaginar.
(Pessoa, *Libro del desasosiego*)

...una prohibición de pensar. De pensar quiero decir en una determinada dirección; o de no pensar y dejar la mente vacía, para que otro pensamiento autónomo, subyacente, pueda emerger en la conciencia.
(Levrero, *La novela luminosa*)

En todas las bibliotecas individuales que llegan a ser auténticamente personales, es decir, formadas con paciencia, dedicación y a partir de un gusto propio al cual, aunque parezca mentira, muchas veces se llega luego de un arduo trabajo de autoconocimiento y de relativización de los dictados de la moda y el mercado, las imposiciones academicistas y otros imperativos alienantes, pueden encontrarse obras que tienen un valor muy especial. Se trata de libros que parecen renovar el sentido del resto de los libros y del hecho mismo de atesorarlos porque confirman y avivan nuestra afición a la lectura y esbozan teorías deslumbrantes sobre el lenguaje y la vida. Cada lector tendrá los suyos, pero hay dos obras que son sin duda una guía permanente para muchos lectores: *El libro del desasosiego* de Fernando Pessoa y *La novela luminosa* de Mario Levrero.

Luego de pasar parte de su infancia y adolescencia en la ciudad africana de Durbán, Pessoa (1888-1935) vivió el resto de su vida en Lisboa. Trabajó como traductor de correspondencia comercial en diferentes empresas y aunque participó activamente y con diversos roles en varias revistas literarias, la mayoría de sus textos se publicaron en forma póstuma y sólo recién a partir de la década del cincuenta se comenzará a vislumbrar su singularidad. *El libro del desasosiego* se publicó por primera vez en 1982 y reúne un complejo y vasto conjunto de fragmentos en prosa que esbozan la extraña autobiografía “sin hechos” de alguien que niega haber vivido. Pessoa le atribuye el texto a uno de sus heterónimos, Bernardo Soares, que habita un escondite muy pensado, un ambiente con sus refinamientos para “cultivar el hastío”. Pero no es el extravagante héroe huysmaniano que se refugia en las afueras para desarrollar su gusto por lo artificioso, Soares tiene un rutinario empleo administrativo, es austero, solitario y casto, y el vino y las caminatas a la deriva por la ciudad son sus mayores lujos. Esa solitaria y sencilla vida es sin embargo la condición para la exploración

poética del devenir de los estados de la consciencia. La palabra queda disponible para dársela a cada sensación, a cada estado del alma, a los muchos que es cada uno. Las entradas de ese peculiar diario son incursiones en el laberinto de la identidad en el que solo es posible “encontrar la propia personalidad en el hecho de perderla”.

Levrero (1940-2004) vivió algunos años en Buenos Aires y en Colonia pero pasó la mayor parte de su vida en Montevideo. Trabajó como vendedor de libros usados, fotógrafo, creador de crucigramas y coordinador de talleres literarios. *La novela luminosa*, publicada póstumamente en 2005, constituye junto a otros textos del autor, como *Diario de un canalla* y *El discurso vacío*, una veta especial en su obra. En esos textos la escritura es camino de conocimiento y autoconstrucción, un medio para despertar la memoria del alma. Y algo que se presenta como vacío de contenido o sustituto de la escritura propiamente literaria, el registro minucioso de obsesiones, compulsiones, fobias, manías e imposibilidades, se transmuta ante los ojos del lector en un discurso que cautiva y genera la más intensa empatía.

Además de escribir literatura, Pessoa y Levrero han tenido vidas literarias pero no por haber protagonizado situaciones rocambolescas sino a la manera de Kafka, por haber unido su existencia a la escritura y haber hecho de ésta un órgano vital. Levrero lo va a formular una y otra vez. No pretende inventar ni necesita que le sugieran argumentos. Se trata de una búsqueda de sí mismo en el pasado y en el inconsciente: “No me fastidien con el estilo ni con la construcción: esto no es una novela, carajo. Me estoy jugando la vida”. En *El libro del desasosiego* se reflexiona permanentemente sobre ese vínculo constitutivo con el lenguaje escrito. Y así como a lo largo del texto se problematizan y trastocan los modos convencionales de plantear las relaciones entre sensación y pensamiento, sueño y realidad, verdad y ficción, también el vínculo entre identidad y escritura es observado desde ángulos encontrados. Por momentos se plantea como una metamorfosis inevitable, algo pesadillesca, “me desarrollo en fragmentos y párrafos, me convierto en puntuaciones [...] lo que siento está -sin que yo me lo proponga- sentido para escribir que se lo sintió”. En otras entradas, en cambio, el escritor se estremece ante una frase o una imagen que acaba de sacar a la luz y en la que descubre vida, “exterioridad completa y alma por entero”.

La importancia del desarrollo de la facultad de observación, así como el grado de práctica y la calidad de atención que demanda para volverse productiva, ha sido muchas veces señalada por escritores, científicos y místicos. Pero en los textos de Pessoa y Levrero adquiere un especial relieve. Bernardo Soares es presentado en el prefacio firmado por Pessoa como un observador que muestra un interés especial por las personas, pero sin interpretarlas ni definir las sino como un fenomenólogo que intenta más bien percibir las tal como se manifiestan desde sí mismas. En una

de las entradas dice: “Cualquier cosa según como se la tome en cuenta asombra o estorba, es un todo o una nada, un camino o un obstáculo”. Además de constituir el motor fundamental de la escritura, la observación se vuelve también objeto de reflexión en estos textos y se medita recurrentemente sobre sus modos, sentidos y posibilidades. *La novela luminosa* misma es la puesta en palabras de ciertas experiencias fundamentales y casi incommunicables, muchas de las cuales sobrevienen en situaciones de observación: “¿A usted nunca le pasó, mirando un insecto, o una flor, o un árbol, que por un momento se le cambiara la estructura de valores, o de jerarquías?”

Si en sus textos estos autores se vuelven invisibles en su ubicuidad, el lector tiene la oportunidad de observarlos de otro modo gracias a los abundantes y sugestivos registros fotográficos que existen de ellos. Hay fotos de todas las épocas de la vida de Pessoa y también de su familia, de sus padres y hasta de su abuela loca, Dionisia. Es un material de lo más atractivo que ha dado lugar a variados análisis, ensayos y hasta una esmerada fotobiografía. Si se observa el conjunto es evidente que algo cambia luego de una imagen de Pessoa a los veinte años en la que se lo ve claramente posando apoyado en una baranda. En las siguientes se lo ve casi siempre con su look característico: sombrero, traje con moñito, anteojos redondos y un bigote prolijamente recortado. Ese conjunto formal y bastante impersonal es de algún modo un disfraz muy pensado que lo camufla y lo vuelve inconfundible al mismo tiempo. Pareciera que al encontrar su estilo dejara de posar. No mira más a la cámara y es ahora ésta la que lo sigue y registra diversas escenas que muestran sus hábitos en lugares públicos, sobre todo cafés, bares y calles lisboetas. Hay imágenes en las que se lo ve leyendo, jugando al ajedrez o tomando de pie una copa de vino. Y una serie compuesta por varias versiones de la misma escena lo capta entero, caminando por la calle, en movimiento. También Soares es un *flâneur*, se compenetra con las calles y en las de algunos barrios y a ciertas horas en particular encuentra nada menos que sosiego. Dice en realidad amar el sosiego de esas calles, pero desde su mirada él es también ellas: “No hay entre mi persona y las calles que corren paralelas a la Aduana ninguna diferencia salvo el hecho de que ellas son calles y yo un alma, lo que bien no puede significar nada a la luz de la esencia de las cosas”.

Las fotos de Levrero en cambio lo muestran generalmente en la intimidad, prácticamente en calzoncillos, muchas veces fumando o acariciándose la barbilla. Hay una en la que se lo ve detrás de un vidrio mirando a la cámara y el que mira la foto queda, salvando todas las distancias, en el lugar de Pajarito, el pichón de gorrión que el narrador de *El diario de un canalla* observa y adora como una manifestación del espíritu en medio de una vida que se le fue volviendo tan ordenada como rutinaria y vacía. Como ya mencionamos el mundo de la fotografía no le es ajeno a Levrero,

tampoco lo es el del cine. No sólo fue un ávido espectador, participó en diversos proyectos y él mismo hizo películas cómicas al estilo Buster Keaton. Recordará en una entrevista su desesperación cuando se las mostró a sus amigos: “pocas veces sudé tanto, porque pasaban las escenas cómicas y nadie se reía”. En *La novela luminosa* el narrador tematiza su aspecto físico. Considera que suele estar mal vestido y se divierte cuando va a comprar unas sillas porque intuye que los vendedores sospechan que él es un linyera que no piensa comprar nada y que solo quiere pasar un rato sentado cómodamente. Como un sosegado señor Hyde o un meditabundo hombre lobo ese narrador observará sin intervenir cómo le crecen las uñas, el pelo y la barba. “No se puede estar en todo”, dice. De todos modos, esperará con expectativas unas fotos que le saca una amiga que documentan el hecho de tener la barba más larga y más blanca que nunca. Cuando finalmente las ve la decepción es absoluta: “Soy lo que se dice un viejo de mierda. Un personaje de Beckett”.

Ambas obras tienen desde el título una particular consciencia de sí mismas. En el texto de Pessoa pueden rastrearse además muchas alusiones al contenido o más bien a la ausencia de contenido, así como referencias a su carácter fragmentario, inconexo y deshilachado. En una carta Pessoa comenta que sus amigos se burlan de ese estilo, dicen como si fuera un nuevo y personal idioma “hablar en enajenado”. En realidad, de *El libro del desasosiego*, que como ya dijimos se publicó casi cincuenta años después de la muerte de su autor, solo se conocieron durante la vida de Pessoa algunos fragmentos. Uno de los cuales, muy peculiar además porque tiene título, fue firmado por Pessoa con su nombre y es de algún modo el germen de la obra, se titula “En la floresta de la enajenación”. Se trata de una minuciosa descripción del despertar planteada como cosmogonía en la que la conciencia de un sujeto va emergiendo morosa y bastante penosamente a través de un caos originario en el que las profundidades de un mar y un cielo se funden. Es la voz de alguien que se encuentra en una frontera porosa entre el sueño y la vigilia, entre la habitación en la que está su cuerpo “molido”, aunque acaba de despertarse, y un sitio edénico, la floresta, que ilusoria tiene más realidad que el hecho de que en ese momento esté amaneciendo. Recorre ese bosque colorido, sonoro y fragante con una mujer desconocida, que es al mismo tiempo compañera silenciosa, amor ideal y desdoblamiento de su propio yo. La pareja experimenta en ese *locus amoenus* un desasosiego pero feliz en el que la falta de razón de ser, el sinsentido de la existencia humana, no angustia ni aterra: “Nada vale la pena, oh, mi amor lejano, salvo saber qué suave es saber que nada vale la pena”.

Más allá de lo que anuncia el título, el lector que abra por primera vez el libro de Levrero no se encontrará con *La novela luminosa*. Tendrá que leer antes más de cuatrocientas páginas del “Diario de la beca”. Es muy probable, sin embargo, que no solo no se ponga ansioso por llegar al libro

prometido, sino que ruegue para que esa introducción no termine por la forma tan poco rebuscada como donosa y efectiva de la prosa levrieriana. Porque ese “viejo de mierda” deviene una Scherezade rediviva que posterga con su diario personal el cumplimiento de lo que prometió para recibir la beca Guggenheim: terminar *La novela luminosa*, comenzada dieciséis años antes y de la que solo tiene escrita una parte. Además del minucioso registro de achaques físicos y malas costumbres, Levrero escribe ese diario intentando entender por qué no escribe. Nada se da por sentado. Si escribe a mano analiza la calidad del papel, el tipo de punta de la lapicera que utiliza y la prolijidad de la letra. Detalla las incomodidades físicas y enumera los fantasmas que lo acompañan y que lo llevan a tener la actitud de quien teme molestar aunque esté solo en su propia casa. Y así como se esfuerza por desentrañar los mecanismos conscientes e inconscientes que lo alejan y lo acercan a la escritura y a su “mismidad”, Levrero se obsesiona con la computadora y su funcionamiento. Por momentos el hecho de encenderla o apagarla se vuelve una decisión entre salud o enfermedad, libertad o alienación. Otras veces, en cambio, el narrador mide con precisión la distancia que separa el lenguaje de la programación de los juegos electrónicos por el nivel de creatividad que demandan. Aunque tanto en el texto de Levrero como en el de Pessoa el trabajo con el lenguaje escrito ocupe un lugar central y ambas obras contengan reflexiones sobre la literatura en general, así como comentarios sobre otros libros, logran no ser abstrusos ni literatosos. Levrero considera un empobrecedor ensimismamiento pensar a los escritores sólo en relación con otros escritores o con los géneros literarios como abstracciones. Tanto o más que los libros influyeron en él, el cine, la música, el mar, los amigos y los amantes, entre muchas otras cosas. *La novela luminosa* lo muestra como un lector feroz y omnívoro que establece con los libros un vínculo muy singular. Además de comentar sus afinidades con Rosa Chacel y considerar su “patrona” a Santa Teresa de Jesús, quien explica como nadie los laberintos de la búsqueda interior, afirma mantener relaciones telepáticas con el librero al que le compra novelas policiales de modo que puede intuir si llegaron nuevos ejemplares, y el encuentro “casual” de un libro de autoayuda en una mesa de saldos, y al que lee furtivamente *in situ*, le permiten tomar una decisión impostergable. En *El libro del desasosiego*, Soares confiesa cuáles son sus “libros de cabecera”. Se trata de dos libros técnicos escritos en el siglo XVIII por dos sacerdotes portugueses, el padre Figueiredo y el padre Freiré, una retórica y un comentario sobre la lengua portuguesa. Considera a estos libros su Biblia personal y laica que cada noche renuevan con su estilo el desusado el interés que siente por la lengua, pero que además lo entretienen, educan y arrullan.

Como los libros que acompañan a Soares, *El libro del desasosiego* y *La novela luminosa* son para muchos lectores obras de cabecera en las que se buscan y encuentran. Seguramente se detendrán en ciertas partes más que en otras, pero es probable que en algún momento estén tentados de subrayarlas por entero. Sus autores, Pessoa y Levrero, vivieron en épocas contiguas y pertenecieron a mundos distintos, pero pueden establecerse ciertas afinidades entre ellos. Quisimos aquí reunirlos a partir de una cuestión que no se limita a uno de sus libros, pero de la que se da cuenta de manera más explícita en los textos que elegimos. Cada uno a su particularísimo modo, a través del trabajo con la prosaica minucia cotidiana o mediante el ejercicio de la especulación poética, inician al lector no sólo en los secretos de la escritura literaria sino en los vínculos vitales que unen esa práctica con la observación, la experiencia y la identidad. Y como auténticos textos reveladores, son indirectos. Soares afirma que no deja de fracasar y al narrador de *La novela* le resulta del todo imposible escribir, que es lo que efectivamente está haciendo. En otras palabras, hay verdades y saberes en estas obras, pero no son dogmáticos ni unívocos ni se le atribuyen al yo que los hace visibles. De ahí que Levrero anhele “el desmoronamiento de un yo hipertrofiado a favor de la percepción de la realidad *en todas sus dimensiones*”. Y *El libro* rece: “Solo quien no busca, encuentra.”